

Por la fe...

Una aproximación al Antiguo
Testamento bajo la guía del
Espíritu Santo

ISAAC

por Antoni Mendoza i Miralles

14

© Edicions Cristianes Bíbliques, 2003
Apartat 10053, 08080 Barcelona-Catalunya (Espanya)
c-electrònic: ecb.edicions@wanadoo.es
Maquetació: AMM, Apartat 2533, 08080 Barcelona-Catalunya (Espanya)

«Por la fe bendijo Isaac a Jacob y a Esaú respecto a cosas que habían de ser».

(Hebreos 11:20).

El Señor guió a Pablo a hablarnos de la fe de Abraham, y por primera vez de la fe de una mujer, su esposa Sara, así como de la de su hijo, de los dos, Isaac. ¡Que testimonio tan consolador poder ver una familia en la que el padre, la madre y el hijo son presentados por Dios como ejemplos de la fe en acción! Pero ésta línea de ejemplos de fe se continúa en el nieto de Abraham, Jacob, y el su bisnieto, José. Los padres, el hijo, el nieto i el bisnieto fueron escogidos por Dios debido a sus actos de fe, dignos de ser considerados como ejemplares para los creyentes de la dispensación de la gracia.

Nosotros también debemos preocuparnos y trabajar para que nuestros descendientes sigan las huellas de la fe. Es un duro trabajo, que tiene como elementos básicos la oración intercesora, la enseñanza de la Palabra de Dios y el ejemplo personal; y para lo cual, el estudio de ésta familia nos puede ser de mucha ayuda.

Con todo, lo que nos hemos de considerar en éstas páginas es el ejemplo de Isaac, y procurar aprender la lección concreta que el Señor nos quiere enseñar sobre la vida de fe.

La consideración del personaje

El hecho del que nos habla Hebreos 11 tuvo lugar cuando Isaac hubo «envejecido, y sus ojos se ofuscaron quedando sin vista». Pero primero haremos un repaso sintético sobre lo que fue la vida de éste patriarca, antes de considerar la fe que evidenció cuando bendijo a sus hijos.

Isaac era hijo de Abraham y Sara. Su nacimiento fue por intervención sobrenatural de Dios, pues su madre era estéril, y cuando nació su padre ya tenía unos 100 años.

Sabemos que cuando de joven acompañó a su padre a la tierra de Moriah, para allí adorar a Dios y sacrificarle. Que aceptó ser ofrecido en holocausto por su padre a Dios, en obediencia a lo que Dios le había mandado, y que con ello evidenció que se apropiaba de la fe y esperanza de su padre.

Su madre murió cuando él tenía 36 años (Gé 23:1 comp. 17:17), lo que lamentó profundamente (Gé 24:67); y su padre murió cuando él tenía 74 años (Gé 25:7 comp. 17:17).

Aunque su casamiento con Rebeca fue arreglado por su padre, a través de Eliezer (Gé 15:2), ella dio su aprobación a dicho matrimonio (Gé 24:58), y Isaac la amó desde el primer momento (Gé 24:67). Tenía entonces 40 años (Gé 25:20).

Pero no fue padre hasta los 60 años (Gé 25:26), cuando Abraham ya había cumplido los 161, debido a la esterilidad de Rebeca. Esto nos recuerda a Sara, que también era estéril. Dios tardó 20 años en dar un hijo a Isaac y Rebeca, y lo hizo en respuesta a las oraciones que elevó Isaac (Gé 25:21 comp. Lc 1:13).

Mintió al esconder que Rebeca era su esposa, como lo había hecho su padre, mostrando que no había aprendiendo la lección (Gé 26:7 comp. 12:13 y 20:2). Con todo, es el única del que el libro del Génesis dice explícitamente que oraba a Dios (Gé 24:63; 25:21). Él también vivió en tiendas, y levantó altares a Jehová como su padre, mostrando con ello que era un peregrino, y que moraba como extranjero esperando el cumplimiento de la promesa de Dios (Gé 26:25).

Cuando Isaac bendijo a sus hijos, lo que se destaca en Hebreos 11, tenía 160 años (Gé 31:38 comp. 35:27). La última vez que la Escritura nos habla de él, después de la marcha de su hijo Jacob, es cuando éste volvió, que fue poco antes de su muerte a los 180 años (Gé 35:27). Fue sepultado en la cueva de Macpela, dónde estaba sepultada su esposa y sus padre (Gn 49:31).

Jacob y Esaú

Hablemos un poco de Jacob y de Esaú. Cuando escuchamos sus nombres recordamos el antagonismo que había entre los dos hermanos, un antagonismo motivado en parte por el favoritismo de sus padres (Gé 25:28).

En dicho asunto no destaca la actuación de ninguno de ellos como ejemplo de equidad y honestidad. Isaac mostró su predilección por su hijo mayor. Rebeca la mostró por su hijo pequeño, e hizo todo lo necesario, hasta engañar y hacer engañar, para conseguir que él, su predilecto, recibiese la bendición del primogénito. Esaú se presenta como aquel que valora más las cosas temporales, del momento, que las que han de ser y las bendiciones de Dios. Pero Jacob tampoco se libra de esa manera de actuar, pues aunque valora las cosas futuras y las bendiciones de Dios a través de su padre, no confía en Dios y deja que sea él quien obre; decide tomar la iniciativa, una iniciativa absolutamente carnal, que el mero hecho de considerarla nos llena de vergüenza .

Con todo, las actuaciones del hombre no impiden que se cumpla la voluntad de Dios. Él es el Señor del tiempo y de la historia, lo conoce todo, y cuando decide una cosa tiene presente los «inconvenientes»: nada puede torcer lo que Dios ha dicho que hará.

Un testimonio de fe

Nuestro Dios tiene una manera muy singular de mirar y valora las cosas; lo que testimonia la distancia que hay entre él y nosotros, y que solo podemos hacer las cosas según su voluntad con la ayuda de su gracia.

Los ojos de Dios penetran más allá de los hechos, y llegan a considerar las intenciones del corazón; por eso leemos: «*Por fe bendijo Isaac a Jacob y a Esaú*». Los ojos de Dios ven la fe, una fe sincera, una fe activa, una fe digna de ser presentada como un

ejemplo, en el acto de Isaac de bendecir a sus hijos. Nuestra consideración de los hechos externos nos haría perder de vista ésta realidad tan importante, digna de ser imitada, entre tantas cosas que se evidencia como un ejemplo de lo que ningún creyente debe hacer.

Es verdad que el bendecir a los hijos antes de morir era un acto ritual, formal. En ocasiones nosotros, bajo la bandera de una falsa «sinceridad» queremos acabar con toda formalidad afirmando que lo más importante es la intención, olvidando que de la abundancia del corazón habla la boca (Mt 12:34), y que somos conocidos por nuestros frutos (Mt 7:20). Toda realidad interna ha de expresarse externamente, y hay formas que honran especialmente dichas realidades internas: unas establecidas en la Palabra, y otras establecidas por buenas tradiciones. Isaac, y especialmente el testimonio que Dios da de Isaac, es un ejemplo excelente. Él no cumplió una tradición sin más, lo hizo teniendo presente la Palabra de Dios y procurando hablar de acuerdo con su soberana voluntad.

Bendijo... respecto a cosas que habían de ser

Isaac no solo hizo una declaración de buenas intenciones a favor de sus hijos, los bendijo mostrando su convicción y confianza en que la palabra que Dios había dado se cumpliría.

Las bendiciones de Isaac a Jacob y Esaú consta de tres partes básicamente. La primera hace referencia a bendiciones materiales, por las que podrían vivir sin pasar necesidad. La segunda hacía referencia a cuestiones personales. Las palabras de Hebreos 11 se refieren a ésta segunda parte.

Pero... ¿cómo pudo bendecir Isaac a Jacob por la fe? ¿No lo confundió con Esaú? ¿Cómo pudo bendecirlo por la fe si se estaba equivocando de persona al momento de dar la bendición? Es cierto que él pensaba que estaba bendiciendo a Esaú, cuando es-

taba bendiciendo a Jacob, se ve claramente cuando Esaú volvió con la caza para recibir la bendición de su padre (Gé 27:33). Pero Dios dice: «Por la fe bendigo Isaac a Jacob... respecto a cosas que habían de ser».

Dios nos revela las realidades internas de los actos de fe. Isaac no dijo unas palabras rituales sin más, las dijo buscando y recordando las palabras de Dios y su voluntad. Estaba en comunión con el Señor, y en comunión con el Señor recibió la revelación de Dios, y actuó consecuentemente. Dijo lo que dijo porque el Señor se lo había mostrado, y lo creía con todo su corazón. Los hombres podemos equivocarnos, y hemos de corregir nuestras equivocaciones. Isaac podría haber dicho, después de darse cuenta de la suplantación, que se había equivocado y que aquella bendición quedaba anulada, puesto que le correspondía a Esaú: si lo hubiera dicho ritualmente o por propia voluntad. Pero tenía conciencia que lo que había dicho no era acertado, pues aunque no había conocido al que bendecía, Dios, que la había dado las palabras de la bendición, sí que sabía quien era quien se había presentado a recibirla, y no se lo impidió. Nosotros comprendemos esto por las palabras de Hebreos, que nos alumbran las realidades internas de aquel hecho.

Cuando Esaú preguntó a su padre si no había ninguna bendición para él, su padre no se sacó otra bendición de la manga para compensar a su pobre hijo mayor, a quien tanto amaba. Isaac preguntó a Dios cual había de ser la bendición para Esaú, y dijo lo que era la voluntad de Dios, y lo dijo plenamente convencido que aquello que decía era conforme con la voluntad de Dios, y que algo que sucedería en su momento.

Isaac había sido engañado, pero el Dios soberano no puede ser engañado. Así lo entendió Isaac. En medio de una mañana de actuaciones carnales, Dios testifica de la fe.

Eso mismo es la voluntad de Dios para nosotros, que estamos

inmersos en una sociedad llena de mentiras y engaños, en la que el fin justifica los medios. Dios quiere que tu y yo seamos testigos de la fe, actuando plenamente confiados en Dios y su Palabra. Dios quiere que actuemos convencidos de que nada se escapa a su control, que no dudemos de su voluntad, que su Palabra se cumplirá hasta en los últimos detalles. Dios ha previsto desde la eternidad toda acción humana, carnal y diabólica, y nada podrá entorpecer en cumplimiento de su voluntad.

No despreciemos las formas externas, llenémoslas de las realidades profundas de una vida de fe viva en el Dios vivo; ya que Dios nos recuerda que *«Por la fe bendijo Isaac a Jacob y a Esaú respecto a cosas que habían de ser»*.

En que consistió la bendición

Las bendiciones de Isaac a Jacob y Esaú fueron proféticas, puesto que anunciaban hechos que sucederían en el futuro.

Calvino, comentando éste versículo dice: «Mas primero debemos observar para qué sirve la bendición de que él habla. Porque bendecir *frecuentemente* significa implorar al cielo una bendición- Pero la bendición de Isaac fue diferente; porque era una especie de introducción a la posesión de la tierra, que Dios le había prometido a su posteridad. Sin embargo, en aquella tierra no tenía nada más que derecho a una sepultura. Entonces parecerán extraños estos elevados títulos: ‘Sírvente pueblos, y naciones se inclinen a tí’ (Gé 27:29); ¿pues qué clase de señorío pudo haberle dado cuando él mismo, a duras penas, era un hombre libre? De aquí inferimos que esta bendición dependía de la fe; pues Isaac no tenía más que la palabra de Dios... Y de esto precisamente dependía el destino de la nación eterna, que Jacob fuese elegido por Dios, y dicha elección fue ratificada por la bendición del padre».

Edicions Cristianes Bíbliques